

ma y con todo tu entendimiento». ⁽¹⁾ «Todo lo que hagáis hacedlo por amor de Dios». ⁽²⁾ «El amor de Dios consiste en guardar sus mandamientos». ⁽³⁾ Por eso el fin de todo precepto es la caridad; ⁽⁴⁾ y «la caridad para con Dios, el más fácil y el más dulce de los mandamientos, es el cumplimiento de toda ley». ⁽⁵⁾ ¡Tortuosos y difíciles de recorrer son los caminos del error! ¡Sencillo y natural, por el contrario es el sendero de la virtud! Bien comprendemos aquí las acusaciones que, durante la eternidad, se han de dirigir los desgraciados que se han buscado su ruina: «Hemos errado el camino de la verdad, y no nos ha alumbrado la luz de la justicia, ni ha nacido para nosotros el sol de la inteligencia. Nos hemos cansado en el camino de la iniquidad y de la perdición y hemos andado por caminos ásperos, y hemos ignorado el camino del Señor». ⁽⁶⁾ ¡Cuán poco natural es ese diluvio de fórmulas sobre Dios y sobre la Religión! ¡Cuán inútil es todo esto! ¡Cuán breve es, por el contrario, la palabra divina que por sí misma se ofrece á la razón, cuando la toma el hombre en toda su precisión y en su proporción verdadera con relación á su único fin, á Dios! Sólo una cosa merece toda tu atención y es que tomes en serio la fórmula siguiente: «Imita á Dios, teme á Dios, ama á Dios, y estarás seguro de llegar á ser hombre recto, bueno y completo».

(1) S. Mateo, XXII, 37.

(2) I Corinto, XVI, 14.

(3) I S. Juan, V, 3.

(4) I Timot., I, 5.

(5) Romanos, XIII, 10.

(6) Sabiduría, V, 6, 7.

CONFERENCIA X

LA RELIGIÓN DE LA HUMANIDAD

1. **No es posible la fe sin un examen razonable de la credibilidad.**—Lejos de exigir del hombre adhesión ciega á una ley que no comprende, pide, al contrario, el Cristianismo que, á la sumisión á su doctrina preceda, un examen profundo de su credibilidad; porque no es la fe sumisión ciega de la inteligencia, sino «obediencia racional». ⁽¹⁾ Es, en otros términos, sumisión de la voluntad á lo que reconoce la inteligencia como digno de ser creído. Y toma la Iglesia tan en serio esta exigencia, que enseña que es absolutamente imposible la fe, si sólo se apoya en una convicción á medias, ó en una simple probabilidad, aun en cosas que pertenecen á la Revelación». ⁽²⁾ No teme la acalorada discusión de sus enseñanzas, persuadida como está de su solidez á toda prueba; nos convida, por el contrario, á compararla con cualquiera opinión doctrinal para que por nosotros mismos podamos juzgar si son ó no dignos de fe sus dogmas. Es así fiel al precepto de la Escritura: «Examinadlo todo, y abrazad lo que es bueno». ⁽³⁾

2. **Examen de la moral cristiana según la Ética natural.**—Investigando con más precisión la moral cristiana, llegamos á la conclusión de que estamos en un todo conformes con el espíritu de la Iglesia, y en perfecta armonía con sus ideas, si invitamos á cuantos contra ella tie-

(1) Romanos, XII, 1.

(2) Prop. 21 condenada por Inocencio XI, día 2 de Marzo de 1679 (Denzinger, *Enchiridion symbolorum*, n.º 1038).

(3) I Tesalonicenses, V, 21.

nen alguna preocupación, á que se unan á nosotros provisionalmente con el único fin de examinar su credibilidad y su conformidad con la razón. Toda la cuestión versa sobre el punto de vista en que nos hemos de colocar, no siendo difícil encontrar ese punto de vista, gracias al espíritu de imparcialidad que anima á la Iglesia Católica. Profundamente penetrado de esta verdad el Cristianismo, ó digamos mejor, convencido de ello, es para sus adversarios mucho menos rígido y mucho más circunspecto, que lo son ellos mismos.

Winckelmann lanza al rostro de los que no participan de sus entusiasmos por la perfección inimitable del arte griego estas palabras de profundo desprecio, con que, en presencia de la Helena de Zeuxis, confundió Nicómaco á un crítico algo novicio: «Toma mis ojos y te parecerá una diosa». No intentamos ser tan exigentes en nuestras discusiones con los que no participan de nuestro dictamen. Nada conseguiríamos con decir á los que queremos convencer é instruir, que comiencen por ponerse en nuestro punto de vista. Al extraño que viene con buena intención y con deseo de conocer la verdad, preferimos proponerle un terreno común á él y á nosotros, un terreno perfectamente neutral, esto es: la religión y la moral naturales.

3. Acusaciones que ha suscitado este examen.—Prestándose á esta combinación, hace el Cristianismo á los incrédulos y á las víctimas de la duda una concesión cuya importancia no saben apreciar; porque sabemos y conocemos perfectamente las grandes acusaciones que se han formulado contra nosotros y que tienen su raíz en ese terreno en que vamos á combatir. Esa pretendida doctrina humanitaria acusa á nuestra Religión de que no tiene en cuenta nuestras inclinaciones naturales, y que no les asigna la parte que les corresponde; según ella, jamás podrán avenirse la moral natural y la virtud cristiana. Así, dice el escéptico Pedro Charrón: «Antes de saber si son hombres, los hombres son ya judíos, mahometanos y cristia-

nos». ⁽¹⁾ Cúlpase aquí, es verdad, á todas las Religiones; sin embargo, el tiro se dirige principalmente contra la nuestra. Por eso se halla ya en *Nathan*, esa pieza que con justicia se ha considerado como el inmortal Evangelio poético de la humanidad: ⁽²⁾

Ni conoces á los cristianos, ni quieres conocerlos.
Se glorían de ser cristianos más bien que de ser hombres.
Porque hasta los que, á imitación de su Fundador,
Sazonan su superstición de humanidad,
Lo hacen, no porque es humano,
Sino porque el Cristo lo enseña, y porque el Cristo lo ha hecho.
Felizmente para ellos, ¡fué él tan buen hombre!
El nombre, el nombre solo les interesa. ⁽³⁾

Pero el que peor papel desempeña contra la Religión revelada es Bayle. ⁽⁴⁾ No teme afirmar que la santidad no puede sostener la comparación con la moral natural. Nada de común hay entre el carácter de un santo y el de un hombre que vive según la moral natural; raro es que responda el primero á los datos de la razón relativos á esa moral.

¿Á qué asociación de las muchas que pretenden representar la verdadera doctrina cristiana van dirigidas esas acusaciones? No lo sé. Pero comprenderé esos ataques, si van dirigidos contra una de esas doctrinas que han nacido en el seno de la Reforma, doctrinas según las cuales quedó nuestra inteligencia completamente oscurecida bajo la influencia del pecado, maleada totalmente nuestra voluntad, formando una segunda naturaleza la malicia y el pecado, y no quedando al hombre sino energía para cometer el mal. En cuanto á nosotros, siempre al pie del cañón, cuando se trata de combatir tales enormidades contra un Flacio Illirico, contra un Bayo, contra un Jansenio y

(1) Stoeckl, *Geschichte der Philosophie des M. A.*, III, 383.

(2) Biedermann, *Deutschland im XVIII Jahrh.*, II, II, 353.

(3) Lessing, *Nathan*, 2, 1.

(4) Bayle, *Diction.*, Art. David, nota J. al fin; cf. nota H, V. edición Basil. 1741, (Anvers 1740) II, apend. 908 y sig. La mayor parte de las ediciones no tienen esos dos famosos artículos. (V. Ebert, *Bibliogr. Lexicon.* I, 149).

contra otros más, séanos permitido creer que no nos alcanzan semejantes acusaciones.

4. El Cristianismo admite la moral natural y la moral de los paganos.—Pero dejemos á un lado las acusaciones y las contra acusaciones; estamos ya decididos á colocarnos en el terreno de la moral natural; no habrá ataque capaz de hacernos desviarnos del juicio imparcial y tranquilo que debe formar aquí, y que reivindica como suyo, el Cristianismo. Tratar de que prevalezca una causa, gracias al desprecio que se hace de las contrarias, es señal de que no hay gran confianza en su legitimidad. Y si es verdad que la imparcial apreciación de las corrientes de opinión opuestas es ya una presunción en favor de la verdad, con mayor razón lo será la firme convicción de la certidumbre de las propias opiniones.

Jamás ha tenido la Iglesia tentación de negar que han tenido los incrédulos verdaderas virtudes. Al contrario, siempre ha defendido como verdad inconcusa que pueden practicar virtudes naturales los que están privados de las luces de la fe. Se ha apresurado á reconocer en particular que, en las más notables escuelas filosóficas de los paganos, se ha enseñado gran número de verdades sobre las obligaciones morales del hombre, sobre la reglamentación de las pasiones, sobre el dominio de la sensualidad, lo mismo que sobre la naturaleza y la práctica de la virtud.

Desde los tiempos más antiguos, no han titubeado un momento los Padres y los Doctores de la Iglesia en tomar de ellos la verdad y el bien que en ellos encontraban, aplicándolos á la exposición científica de la Doctrina cristiana. Según sus expresiones, se gozaban en «emplear los tesoros de los egipcios para adornar el Arca de la Alianza, imitando así á los hijos de Israel». ⁽¹⁾ Esta grande y á veces exagerada veneración por los antiguos, y particularmente por Platón, veneración que unánimemente proclaman los sabios de la Escuela de Alejandría, con Metodio, su adversario, formado en la escuela de los antiguos clásicos, Dionisio,

(1) Orígenes, *Epist. ad Gregor.*, 2.

el Padre de la Mística, y Agustín, ⁽¹⁾ el Padre de la Escolástica, era tan sincero y profundo, que ha ofrecido vasto campo de ataques contra la doctrina de la Iglesia, tanto á la incredulidad francesa del último siglo, como á la crítica racionalista del siglo actual. Me refiero á las luchas violentas que ha provocado la discusión sobre el llamado Platonismo y sobre la moral de los Padres. Ha tenido alcance considerable en particular la explotación de la antigua filosofía moral. En la antigüedad gozó de alta consideración el *Manual* del estoico Epicteto.

En la Edad Media, muchos ascetas veneraban á Séneca como á un Padre de la Iglesia. Tuvo tantos lectores la obra de Cicerón sobre «Los Deberes», que nació en San Ambrosio el deseo de oponerle una semejante, cuyo contenido fuese cristiano. Hallamos también que la Edad Media explotó con grandísima utilidad las demás obras de Cicerón. Según Wolfram de Eschembach, el defensor de la fe, el solitario Trevrizent se sirvió también de Platón «el orador» y de la Sibila «la profetisa» contra *Parcival* que dudaba de las «nuevas historias». ⁽²⁾ Hay también en la Edad Media particular inclinación, muy exagerada con frecuencia, á acudir con demasiada facilidad á los autores antiguos, principalmente á los poetas, y á citar sus palabras para probar principios que por sí mismos se comprenden, ó que con igual facilidad hubieran podido probar por la Biblia. No se necesitan largos discursos para hacer resaltar la influencia científica, y especialmente moral, que tuvo Aristóteles en la obra teológica de la Edad Media y de los siglos que le han seguido.

5. Y hasta tal punto, que por esto se le han dirigido acusaciones.—Es esto tan sabido, que parece menos necesario probarlo, que defender al Cristianismo de las acusaciones que se le han dirigido de exagerada preferencia por la antigüedad. Entre todas esas acusaciones hay una

(1) S. Agustín, *Doctrina christ.*, 2, 40, 60; *Contra Academ.*, 3, 18, 41; *Retract.*, 1, 1, 4.

(2) *Parcival*, 465, 21. (Bartsch 9, 981).

que merecerá particularmente nuestra atención, por la especial importancia para el fin que nos proponemos. «Puro, dice Martensen, esto es, exento de toda mezcla, debía ser el carácter cristiano; ninguna fuerza extraña debiera ser el móvil de sus acciones, sino el amor de Dios y su reino; pero no ha conservado este distintivo la moral cristiana de la Iglesia Católica. En la Edad Media, tomó mucho de la doctrina de Aristóteles, y muchas grandes figuras de aquella época, tales como Gregorio VII é Inocencio III, son mezcla impura de Cristianismo y de paganismo romano». (1) Así se expresa el célebre obispo protestante, y en esto muestra ser fiel á aquel antiguo é implacable desprecio de la cultura natural de la antigüedad clásica; desprecio de que, desde el principio, se ha servido el Protestantismo para levantar tantas y tan miserables calumnias á nombre del Cristianismo, bajo cuyo manto ha cometido esta injusticia. Pero ningún daño han hecho al Cristianismo esas calumnias; alcanzan sólo al Protestantismo. Jamás se ha dejado influir la Iglesia por esa manera de ver; jamás, entre el elemento humano y el elemento cristiano, ha introducido oposición tan evidente como la de que nos da aquí la prueba Martensen. ¡Caiga, pues, sobre él y sobre los suyos con toda su rudeza la manopla de Lessing! Á ellos alcanza con razón y de manera irrefutable; en cuanto á nosotros, nada tenemos que ver con ella.

¿Será verdad que la moral de los griegos y el carácter de los romanos son elementos discordantes en el Cristianismo? ¿Quién afirma que son extraños el uno al otro el hombre y el cristiano? ¿Quién podrá decir con seriedad que mancilla su carácter el cristiano, si se apropia todo lo que halla de perfecto en los antiguos? En todo caso, ha descubierto el Cristianismo un parentesco entre su doctrina y la de la mejor parte de los antiguos filósofos; en esta cuestión él es el más competente juez. Y en verdad que no fué la Edad Media la primera que, hecha la paz, conservó ese depósito de los antiguos, con tal imparcialidad que, pre-

(1) Martensen, *Christliche Ethik.*, 1871, I, 474.

senta su sabiduría como «fuente de conocimientos y regla de conducta aun para los cristianos». (1) También los antiguos Padres supieron prescindir del espíritu de partido en sus luchas con el Paganismo, que, á pesar de su profunda decadencia, estaba siempre pronto á aniquilarlos; confesaron ellos que le debían mucho. En los primeros días de los más encarnizados combates contra él, hallamos en los apologistas indicada con frecuencia la idea que más tarde con tanta precisión manifestaron los escritores de la Edad Media: «Los filósofos antiguos fueron para los paganos lo que Moisés y Juan Bautista para los judíos, los precursores de Cristo y los preparadores del Evangelio». (2) Aun quedan hoy día muchos que, considerando este principio desde su punto de vista, no pueden volver de su asombro. ¿Por qué? Parécenos que ese asombro debía referirse principalmente á la forma justa é imparcial con que sabe apreciar aun á sus contradictores el espíritu cristiano.

Es cierto que Tertuliano es adversario decidido de la introducción de inútiles especulaciones filosóficas en el seno de la Doctrina cristiana. Frío en sus sentimientos y extremadamente violento contra los enemigos de su fe, encuentra que nada puede haber más odioso que la filosofía del Paganismo. «¿Qué hay, dice, de común entre Atenas y Jerusalén, entre la Iglesia y la Academia?» (3) Mas, á pesar de toda la aversión de que da pruebas, no puede dejar de encontrar tanta conformidad de miras entre el Paganismo y el Cristianismo, y de ver en éste tantos puntos de doctrina fundados en la naturaleza del hombre, que esta observación le arrancó un día esta admirable exclamación que, desde entonces, se ha hecho proverbial: «Sí, verdaderamente, por su naturaleza, atestigua el alma que es cristiana». (4) Más tarde, aquel gran conocedor del Paganis-

(1) Hartmann. *Vom glauben*, 341-422 (Massmann, *Deutsche Gedichte des XII Jahrh.*, 5).

(2) Spiess, *Logos spermaticos*, 2-5; Lasaulx, *Studien*, 83-85; *Histor. polit.*, Bl. LXXXVII, 465-468; Clem. Alex., *Strom.*, 6, 5, 42; 8, 66, 67.

(3) Tertuliano, *Præscript.*, 7.

(4) Id., *Apologet.*, 17.

mo consideró este pensamiento sobrado importante para tratarlo en una obra especial con el siguiente título: «Del testimonio del alma».

Entre los más antiguos Padres griegos se encuentra esta misma idea con el nombre de *Logos spermaticos*. No tenía escrúpulo Justino el Mártir en dar el nombre de cristianos á los antiguos filósofos que no conocieron, sino algunos fragmentos de la verdad, pero que conformaron su vida con ellos hasta donde les fué posible; tales son Heráclito y Sócrates». (1) Atenágoras llama á estos filósofos «sus padres en Cristo, porque fueron iluminados por el Espíritu de Dios», (2) y no teme afirmar Clemente de Alejandría que la filosofía de los paganos «es escuela magnífica para aprender á creer en Cristo y á vivir según sus enseñanzas, y el mejor medio para atraer á Él á los paganos». (3) Es la opinión de todos los Padres. «Se aproximan tanto, dicen, los filósofos á la doctrina cristiana», (4) «tanto relativamente á la doctrina sobre Dios que nos crió para sí y á su imagen», (5) «como en lo relativo á hacer lo bueno y á evitar lo malo», (6) «que nos es permitido ver en su sabiduría una chispa divina», (7) «una obra de la Providencia», (8) «un don de Dios», (9) «una preparación para el Cristianismo». (10)

En este sentido querían ser y llamarse Eclécticos los Padres, y no en el sentido de haber tomado de los griegos diversas corrientes de ideas filosóficas, que pudieron parecerles mejores, para apropiárselas y formando un sistema particular. ¡No! Al contrario, querían sacar de sus obras

(1) Justino, *Apol.*, 1, 46, 2, 10; *Dialog.*, 1, 2.

(2) Atenágoras, *Supplic.*, 7.

(3) Clemente Alej., *Strom.*, 1, 5, 28; 7, 37.

(4) S. Agustín, *C. Julian.*, 4, 15, 78.

(5) Id., *Civ. Dei.*, 8, 8, 9, 10, 2.

(6) Id., *id.*, 2, 7.

(7) Clemente Alej., *Cohort.*, 7, 94; *Strom.*, 6, 17, 149.

(8) Id., *id.*, *Strom.*, 1, 1, 4; 5, 28.

(9) Id., *id.*, *Strom.*, 1, 2, 20; 7, 38.

(10) Id., *id.*, *Strom.*, 1, 5, 28; 6, 8, 67; 17, 153; Orígenes., *Ep. ad Gregor.*, 1; in Joan., 1, 7, 2.

los girones de aquella verdad una y entera que poseían ellos mismos, y con el fin de demostrar á los paganos que hacía mucho tiempo que conocían, sino la verdad completa, al menos gran número de puntos de la doctrina del Cristianismo, y que para poseerla completa, tenían que añadir muy poca cosa. (1)

Así, pues, no hizo su aparición en el mundo el Cristianismo como cosa nueva; en el fondo, dicen Lactancio (2) y Tertuliano, (3) no es más que la continuación de la verdad del Judaísmo y del Paganismo. Y aun pretenden que es más antiguo todavía que aquellas dos religiones. «Ó los cristianos son filósofos, decía Minucio Félix, ó los filósofos eran ya cristianos». (4) Confesaba Taciano que «se había hecho cristiano, porque, estudiándola profundamente, descubrió que la sabiduría de los cristianos era más antigua que la de los siete sabios y que la de Homero». (5) «Los griegos, dice Clemente de Alejandría, tienen su Arión y su Orfeo que, con el poder de sus cantos, domesticaban los peces y los animales salvajes, moderaban las costumbres todavía incultas de los hombres, triunfaban de ladrones feroces, de pérfidos engañadores, de serpientes crueles y de tiranos sanguinarios. También nosotros los cristianos podemos gloriarnos de tener un cantor celestial que, con su nuevo canto, ablanda los corazones de piedra de los hombres más rudos, devuelve á la libertad los prisioneros, á la piedad los impíos, y á la vida los muertos; ha transformado en maravillosa armonía toda la creación y ha formado de nuevo al hombre á la imagen de Dios. Este cantor es el Verbo Divino que, para salud de los hombres, anunciaron en los primeros tiempos de la antigüedad los antiguos poetas y profetas, y que por fin apareció con esta intención sobre la tierra». (6) «Lo que llamamos ahora Re-

(1) Justino, *Apol.*, 2, 13; Lactancio, *Inst.*, 7, 7.

(2) Lactancio, *Institut.*, 4, 11, 17.

(3) Tertuliano, *Apolog.*, 21.

(4) Minucio Félix, *Octav.*, 20.

(5) Taciano, *Oratio adv. Græcos*, c. 31.

(6) Clemente Alej., *Cohortatio ad Græcos*, 1 y sig.